

darcy ribeiro*

etnicidad,
indianidad y campesinado**

Futuras guerras étnicas en América Latina

¿Cuál es el significado de campesino y campesinado?

El campesino es una condición humana de base socio ecológica a la cual, por lo general, sólo percibimos como una carencia. Se habla frecuentemente de los campesinos como los que no son, los que no viven en las ciudades, los que no saben, los que no usan zapatos; los analfabetas, los carentes, etcétera. En los últimos años, sin embargo, desde que la atención de los estudiosos se concentró en algunos grupos campesinos, se comenzaron a descubrir muchas novedades sobre ellos. Principalmente que no están hechos sólo de carencias, sino también de presencias. Sobre todo de una presencia humana, de una singularidad e identidad que en ellos es perentoria. Y en los demás –en todos nosotros– se ha desvanecido.

Visto desde esta perspectiva, es el hombre de ciudad y no el campesino quien debe ser visto como el carente, como el hombre genérico, sin características propias permanentes que lo singularicen, como un ser que al destribalizarse fue descaracterizado y desposeído de sí mismo.

El campesino, ahora lo sabemos, es quien tiene algo en común,

* Antropólogo y Estadista Brasileño. Traducción de Miguel Alberto Bartolomé.

** Texto de la introducción a los debates del Seminario sobre Integración Campesina, del 30º Congreso Internacional de Ciencias Humanas en Asia, África y América Latina, reunido en México, en septiembre de 1976. Revisado para ser leído en la Sociedad de Americanistas de París, el 10 de mayo de 1979.

algo arcáico; en términos de una tradición transformable pero continua. Un género de vida propio largamente conservado, un estilo peculiar de cultura que lo hace identificable con cualquier otro campesino del mundo entero –a pesar de todas las diferencias de carácter étnico cultural–, y que se opone a los no-campesinos porque son urbanos, pastores o guerreros de cualquier lugar o de cualquier época.

El campesino surge hace unos seis mil años, allí donde floreció originalmente la civilización. Nace como la primera sociedad humana que se estratifica en clases y que se divide en dos componentes opuestos y antagónicos, pero complementarios: el campesino y el ciudadano. Así es que la ciudad recién nacida funda, simultáneamente, la civilización y el campesinado; al aislar a la minoría urbanizada de la condición, hasta ese momento, común a todos los seres humanos. Estos núcleos urbanos representaron, originalmente, un porcentaje muy pequeño de la sociedad global. Serían a lo sumo un 2 ó 3 por ciento de la población, compuesto de guerreros, comerciantes, artesanos y sacerdotes. Pero surgieron ya provistos de una inmensa potencialidad para concentrar poderío y crecer. Desde entonces, ellos tienen la voz cantante en la sociedad dividida pero mutua y recíprocamente interdependiente. El campesino es su alterno y su víctima.

La gente urbana, aislada y diferenciada de los que producen alimentos, ofrece principalmente seguridad física (con sus guerreros) y seguridad psíquica (a través de sus sacerdotes), al campesinado, estableciendo formas de intercambio crecientemente desiguales. Su fuerza proviene del poder político y de la dominación clasista que ejerce, para obligar a los campesinos a cambiar bienes concretos de subsistencia –que sólo ellos producen– por promesas de seguridad y salvación, hechas bajo la amenaza de guerras y matanzas.

A lo largo de milenios, sobre estas bases se desarrollaron paralelamente, la condición campesina y la ciudadana, como un sustrato íntimo de todas las civilizaciones que en una concentraban lo tradicional y lo folklórico, y en la otra, lo erudito y lo técnico. Una retenía el culto de la paz, de la cordura, del ahorro; la otra, el sentido de la gloria, de la exaltación, de la suntuosidad. La interacción dialéctica de estos componentes antagónicos generó la energía que llevó adelante los procesos civilizatorios.

Es destacable, desde el punto de vista de la integración étnica, que la condición campesina, al permitir a los hombres conservar por largos periodos sus tradiciones, preservaba sus caras humanas o étnicas originales. En las ciudades, por el contrario, los conquistadores se suceden, las novedades se difunden rápidamente, todo cambia, incluso la propia identificación étnica de la población. De hecho, esto no importa mucho. Los señores de la ciudad pueden

cambiar porque allí están los campesinos para preservar las normas de vida en sus modos de ser, y con ellos las prácticas fundamentales para la supervivencia de todos. Los ciudadanos pueden, inclusive, fracasar –como fracasan tan frecuentemente, con las ciudades incendiadas, saqueadas– porque los campesinos, productores de alimentos, continúan siendo los sustentadores de la vida y las matrices donde las ciudades van a buscar nuevos contingentes humanos.

En el fondo de todos los cambios, lo que permanece estable es la alteridad: ciudadano **versus** campesino.

Civilización y uniformidad

A pesar de las revoluciones tecnológicas¹ y de los procesos civilizatorios cada vez más complejos que estimulan y convulsionan a las civilizaciones, los campesinos continuaron su existencia sin mayores alteraciones a través de los milenios. Así fue hasta que se produjo y maduró la Revolución Mercantil del siglo XVI. Entre los desastres que ésta provocó por toda la tierra, al deshacer el mundo cultural múltiple de entonces para rehacerlo como un solo mundo, uno de los mayores consistió en el comienzo de la incorporación de la humanidad entera a un único sistema económico interactuante e interdependiente, fundado en una misma fuerza de trabajo distribuido por todos los continentes. La creación y el funcionamiento de ese sistema se hizo posible debido a la destrucción de las bases de civilizaciones autónomas que entonces florecían fuera de Europa, con el fin de reclutar a sus trabajadores y con ellos a los pueblos tribales, para el papel de proletariados externos de las nuevas metrópolis europeas, bajo la condición de esclavos modernos.

Como efecto de lo anterior, en los últimos siglos, forzada primero por la Revolución Mercantil y posteriormente por la Revolución Industrial, la humanidad vio sus caras étnicas –encarnadas en más de diez mil pueblos– reducirse a menos de dos mil. Lo más grave es que unas pocas de ellas –las nacionalidades europeas que impusieron su hegemonía al mundo– crecieron tanto con gente integrada a ellas, en forma de macroetnias y en territorios de dominación nacional o imperialista, que englobaron debajo de su poderío a la casi totalidad de la humanidad, e impulsaron a todos los pueblos a una europeización compulsiva. Nunca el fenómeno humano fue tan severamente empobrecido y degradado. En ciertos momentos, parecía que todos los aspectos de

¹ Discutimos las revoluciones tecnológicas en **El Proceso Civilizatorio**.

lo humano serían apagados para sólo dejar florecer los blancos, europeos y cristianos.

Otra transformación capital proveniente de las dos revoluciones tecnológicas, pero enormemente acentuada por la Revolución Industrial, fue la obsolescencia del campesinado. De histórico y antiguo, pero insustituible, el campesinado fue pasando a ser obsoleto y hasta prescindible. La civilización podía, en adelante, existir sin campesinos.

En Inglaterra, donde el proceso se desencadenó tempranamente, los campesinos comenzaron rápidamente a disminuir en número y en porcentaje hasta llegar a ser, en la actualidad, apenas el 4 por ciento de la población activa. En los Estados Unidos, exceden en poco al 7 por ciento de la población los responsables de la mayor producción agrícola del mundo. Pero además de la reducción numérica, ellos fueron radicalmente transfigurados, hasta el punto en que los nuevos trabajadores rurales ingleses o norteamericanos tienen poco o nada en común con el antiguo campesino. En su modo de ser, pensar y actuar, ellos están más próximos a los ciudadanos de sus países, que a los de cualquier campesinado histórico. En verdad, en todos los países que están a la vanguardia de la civilización industrial, ya no existen campesinados propiamente dichos.

En el siglo pasado, cuando este proceso comenzaba a hacerse visible, Marx —que asistía a la desintegración del campesinado— previó su desaparición junto a la de otras clases de la sociedad, en un proceso general de proletarización, que convertiría a todos en operarios asalariados. ¿Pero qué significaría esta proletarización? En el plano ideológico, y con respecto a los campesinos, significaba la pérdida de la autoimagen de personas singulares, su deculturación. La pérdida del ser, debido al viejo proceso de disolución étnica, se generalizaba ahora a la totalidad de la población incorporada a la civilización industrial. El campesinado eslavo, usado antiguamente como esclavo de la sociedad romana —o cualquier otro campesino esclavo— se había convertido en una mera fuerza de trabajo sin lengua, ni costumbres, ni voluntad propia. Despojados de sí mismos, despersonalizados de sus características culturales, ellos podían ser transfigurados étnicamente —de eslavos a latinos, por ejemplo. Entretanto, los que no se urbanizaban ni se veían incorporados a un latifundio mercantil, permanecían como campesinos. Multitudes de ellos, inclusive, después de descampesinizados se rehicieron como campesinos en el curso del proceso de regresión feudal que, al ruralizarlos nuevamente, les permitió reorganizar la vida aldeana.

Eso no ocurrió, sin embargo, con las masas de millones de africanos traídos a América como esclavos, o con los indios destrribalizados y reclutados en la fuerza de trabajo de los ingenios

y de las minas, en calidad de mera fuerza energética. Aun cuando permanecían en el campo, éstos ya no eran propiamente campesinos, no sólo porque habían perdido sus rostros étnicos originales sino también porque jamás pudieron volver a producir lo que consumían, ni a vivir comunitariamente para sí mismos. Convertidos en fuerza de trabajo esclava o alquilada, vivían el destino de mercaderías humanas deculturadas. Su descendiente es aquel que no sabe el nombre de la tierra que pisa, de los árboles que ve, de los pájaros que lo sobresaltan. Por largo tiempo será el desarraigado, el que no es de aquí. No sólo porque vino de afuera sino porque ya no es de parte alguna.

Por el contrario, aquel que permanece como campesino, continúa siendo capaz de leer en las fases de la luna, en el color de las hierbas; con una sabiduría profunda y antigua, plena de detalles y sólo equiparable al saber de los sabios más sabios. A lo largo de ese proceso lentísimo y penosísimo, los desarraigados van siendo convertidos en hombres **tabula rasa**, desheredados de su bien mayor que es el conocimiento de sí mismos, su sabiduría del mundo. Finalmente, pierden hasta la misma confianza en la capacidad de comprensión de su propia inteligencia.

En mi experiencia de antropólogo, conviviendo largamente con grupos indígenas, he oído de ellos, muchas veces, preguntas como estas: ¿Quién es el dueño del hierro?, ¿cuál es el amo de la sal? ¿quién hizo los fósforos?

El indígena servícola, lleno de curiosidad, preguntador, es así porque confía en su propia mente; porque no fue degradado y deshumanizado por la estratificación social. Quiere saber las cosas porque su curiosidad está fresca. El operario, deshecho por el molino de la estratificación social, o el trabajador ex esclavo nunca pregunta nada. Ellos saben que la ciencia es asunto de doctores y actúan como quien sabe que no sabe y está sino conforme, contento con eso. Para ellos, el saber es un atributo de los señores, como una regalía más que los ricos se otorgan. Por eso mismo los caboclos,² que me acompañaban en aquellas expediciones etnológicas, nunca se quedaban allí escuchando mis explicaciones. Pensaban que era una ingenuidad de los indios esperar que yo les diese mi saber.

Efectivamente, el campesino aislado que participa, actualiza y practica una tradición antigua siempre asentado en el mismo sitio —aunque situado en un estado de clase de una sociedad compuesta—, está más próximo al indígena, como entidad étnica, que al trabajador alienado por la estratificación. Uno y otro detentan algo de esa reserva humana esencial, depositada en la gente "obsoleta". Reserva perdida para nosotros, los que emergiendo hacia la

² Mestizo selvícola brasileño (N. del T.)

civilización –al transitar de la condición aldeana igualitaria a la sociedad de clases y de masas, del universo tribal al civil, de la cultura vulgar a la erudita–, nos vimos despojados de los atributos originales que nos hacían hombres singularizados, hombres enteros.

Desintegración étnica

Con base en estas consideraciones, tal vez podamos hablar, ahora, de la integración y desintegración étnica que está en curso en nuestros días. Es ya evidente que las nuevas naciones africanas y asiáticas que se estructuran ahora a partir de la tribalidad, están experimentando tardíamente un movimiento de integración étnica correspondiente al que sucedió en América hace varios siglos. Afectados hoy por los efectos acumulados de los sucesivos procesos civilizatorios ya cumplidos en otras partes, ellos se ven amenazados de sufrir el mismo proceso uniformador de comprensión étnica. Éste no será tan opresivo y eficaz, porque ya no se cuenta con las grandes armas de destrucción étnica como la esclavitud personal y la brutalidad del poderío colonial. A pesar de ello, esto ocurrirá fatalmente, si el nuevo poder político que está en manos del grupo nativo europeizado por el colonizador, prosigue la centenaria obra de occidentalización compulsiva de sus pueblos. Especialmente, si su proyecto es llevar adelante la destribilización y deculturación, con el objetivo de construir una fuerza de trabajo y un mercado integrado por gente que aparenta constituir una nación “moderna”. Lo cierto es que todos estos pueblos emergentes de África y de Asia tienen el desafío de encontrar nuevas vías para el paso de la tribalidad a la civilización, las cuales permitan conciliar las ventajas de contar con una lengua común y un acceso generalizado a los frutos de la civilización; junto con la preservación de sus rostros étnicos y el mantenimiento de la singularidad y la creatividad de sus componentes originales. Las tentaciones “eficientistas” que aconsejan acelerar el proceso de desintegración étnica unido a una modernización compulsiva, pueden producir precisamente el efecto opuesto en esas áreas. Y es así, porque ninguna aceleración se logra sin apelar a acciones genocidas y fuera de las compulsiones etnocidas que, hoy en día, tienden a provocar revueltas con una enorme resonancia interna y hasta apoyo internacional. Se pretende, sin embargo, continuar con el camino que todavía posibilita en nuestros días los crueles procesos de desmembramiento de pueblos para la producción de más hombres descaracterizados. Hombres que no son fruto de sí mismos, de sus voluntades, de sus aspiraciones, de su propia historia; porque son solamente el

producto residual de su propia deshumanización, ocurrida a la sombra de un movimiento civilizatorio que los alcanzó.

Simultáneamente, en las áreas donde aquellos procesos uniformizadores actuaron tempranamente, otro efecto se está haciendo visible desde hace algún tiempo. Y es que el proletariado urbano comienza a hacerse obsoleto. Tal como antes ocurrió con el campesinado, ahora el operario es quien comienza a declinar, o al menos los operarios fabriles, cuyo número ya no crece como antes, y se ha convertido en un componente minoritario de la población activa frente a las legiones de trabajadores del sector terciario.

Se verifica así que las revoluciones tecnológicas que comenzaron por tornar obsoleto al campesinado, al reducirlo del 80 al 10 por ciento de la población activa de los núcleos centrales, acabaron por hacer decrecer —en dichos núcleos— al proletariado fabril, el cual apenas logró alcanzar el 40 por ciento, para después perder la condición de sector numéricamente predominante de la fuerza de trabajo. Como paralelamente a este proceso de incremento de las actividades terciarias se disuelven las singularidades culturales de esos contingentes humanos —debido a la fuerza de la urbanización, de la escolarización y de otros procesos de modernización, que llevan adelante su homogeneización—, se están produciendo más hombres genéricos cuyos lenguajes, habilidades, visiones del mundo, formas de sociabilidad y de creatividad, se uniforman drásticamente.

Si tanto pudieron lograr las fuerzas uniformizadoras de las dos últimas revoluciones tecnológicas, ¿qué sucederá en el transcurso de la nueva que ya está en marcha —la Revolución Termonuclear—, con su poder todavía mayor para hacer y deshacer las sociedades y las culturas?

Una de sus tendencias evidentes es la de conducir a una homogeneización todavía mayor, al generalizar en todas las sociedades humanas la misma tecnología de producción, las mismas formas de organización social e iguales **corpus**, explicatorios del mundo, difundidos ecuménicamente. ¿A dónde llevará este proceso?, ¿será nuestro futuro el de una humanidad monótonamente uniforme en la cultura, en el saber, y en las artes? O, lo que es peor, ¿toda una humanidad europeizada en la lengua, las costumbres, las ambiciones y las fobias?

Muchas evidencias parecían apuntar hacia este vaticinio. Tantas que los antropólogos más lúcidos temían ver las pocas caras étnicas hoy sobrevivientes en el mundo, drásticamente reducidas por el poder homogeneizador, enormemente mayor de la civilización emergente, que hacía irremediable la uniformización intensificada de toda la humanidad.

Su efecto más terrible será colocar todas las esperanzas y potencialidades de los hombres en un número cada vez más

reducido de formas, con riesgo evidente de un desastre. En el pasado, cien, mil o cinco mil de las diez mil etnias, podían fracasar porque sobrevivirían siempre millones de gentes que, al salvarse, garantizarían la supervivencia de lo humano. Después del último medio milenio, la dominación europea, al deshacer pueblos con una eficacia destructiva sin paralelo, actuó como una peste que parecía destinada a reducir todos los pueblos del mundo a una media docena de variantes de la misma pauta. Así, armado con prodigiosos medios de comunicación de masas, con la promesa de una lengua común, analógica, el proceso civilizatorio parecía querer jugar todo el destino humano a una sola vuelta de ruleta.

Nuevas perspectivas

En los últimos años, sin embargo, verificamos que las cosas no son en verdad tan trágicas. Comienza a ser ya evidente que las fuerzas homogeneizantes no son ni tan fatales, ni tan drásticamente compulsivas como parecían. Eso se hace visible cuando advertimos dos perspectivas que se abren frente a nosotros. Una macroscópica, revelada por los chinos; otra microscópica, vivenciada por el resurgimiento de las minorías étnicas en el mundo entero.

Bajo esta nueva luz comenzamos a percibir que la homogenización cultural no se da en todas partes, ni con toda la gente, ni al mismo ritmo ni tampoco con igual intensidad. Aparentemente, en Inglaterra y en otros países centrales, el proceso asumió un carácter, especialmente violento y acelerado, porque estos países, a través de la explotación a los pueblos colonizados, pudieron sostener un proceso intensivo de autotransformación que urbanizó casi totalmente a sus poblaciones y las arrastró en su totalidad al estilo de vida de la civilización industrial.

No es probable que acontezca lo mismo en todas partes. En la propia Inglaterra hubo excepciones. Es visible que su éxito uniformador fue mucho más fuerte en las áreas a las que se trasladó —como América del Norte y Australia—, que en las propias Islas Británicas. Allá están los galeses afirmando su singularidad. Su existencia no sólo exhibe una posibilidad de éxito de la resistencia étnica, sino señala también un camino de retorno, de reconstrucción étnica, posible si no a los mismos ingleses totalmente destrribalizados, sí a mucha más gente que todavía conserva en cualquier parte de la tierra, su propia cara y con ella enfrenta a las fuerzas uniformizadoras de la civilización occidental.

Creo que uno de los descubrimientos importantes de los últimos años en este campo es el de que la evolución humana no implica, como se pensaba, una occidentalización compulsiva del hombre. Las bases materiales de la civilización europea —como las máqui-

nas de vapor y los motores— son potencialidades humanas y no criaturas occidentales y cristianas como parecían. Si no se hubieran desarrollado en Europa, hubieran surgido en otro contexto, porque sólo representan la caracterización de algunas de las escasas posibilidades de evolución técnica que se ofrecen a los hombres. En cuanto tales, son conciliables con cualquier contexto étnico-cultural.

Debido a su revolución socialista, los chinos están incorporando la gasolina, la electricidad y la energía nuclear a su vieja civilización y, al mismo tiempo, afirmando más su calidad de chinos. Pueden hacerlo porque una revolución social, al devolverles el control autónomo de sí mismos, les permitió tomar estos instrumentos de dominación imperialista externa y de explotación clasista interna, para convertirlos en fuerzas para la reconstrucción de China, en tanto proyecto de los propios chinos y en beneficio de su pueblo. Estas potencialidades de aceleración histórica, generadas por el cruzamiento de revoluciones tecnológicas con revoluciones sociales, extendiéndose a la inmensa masa de los pueblos orientales, tienden a conformar un nuevo mundo cuya característica principal no será la uniformidad sino la multiplicidad. En él, Europa quedará reducida a lo que es: una minúscula península asiática reclinada sobre el África.

Pero Europa existirá más allá del mar, en las áreas que ella invadió, dominó y europeizó. Este, sin embargo, será un europeísmo no occidental, tan mezclado en el plano racial y tan rehecho en el cultural, que los propios europeos no se reconocerán en él. Mucha más gente, al mismo tiempo, existirá fuera de esta esfera, realizando sus particularidades a partir de múltiples matrices lingüísticas y culturales.

El segundo descubrimiento de importancia capital en este campo, también opuesto a la perspectiva de una civilización humana inevitablemente uniforme, proviene de los movimientos afirmadores de las singularidades étnicas orgullosas de sí mismas. Estos movimientos eran impredecibles hace pocas décadas, pero hoy se desencadenan por todo el mundo en forma de acciones irredentistas.

La verdad que de pronto se descubre ante nuestros ojos, es que los Estados nacionales, a pesar de ser enormemente poderosos en muchos aspectos, ya no tienen la fuerza compulsiva que exhibían en el pasado reciente, para imponer la hegemonía del grupo étnico predominante. Este debilitamiento del cuadro nacional, dentro del cual las minorías étnicas sufrían calladamente la opresión que hoy rechazan con tanto alarde de vigor, arroja una luz sobre lo que podrá suceder en el futuro. Si a eso añadimos el hecho de que el poderío de los Estados como aparatos de dominación clasista parece tender a declinar, será más evidente que estamos delante de

transformaciones de un nuevo tipo –nada cambia ya como lo hacía antes–, que anuncian un mundo nuevo dentro del cual no es imposible que florezcan las flores étnicas que no fueron definitivamente arrancadas. Va quedando claro, de esta manera, que llega a su fin tanto el viejo proceso de integración por europeización como el de uniformización compulsiva por deculturación, para abrir espacio a una humanidad múltiple.

Reviabilización étnica

Hasta hace pocos años veíamos a muchos pueblos como si estuvieran condenados a desaparecer por inviables. Ese sería el caso de los grupos tribales minúsculos, inmersos dentro de grandes masas de población cuya cultura y cuyos modos de vida les son obligados a adoptar; o de las minorías étnicas que sobrevivían gracias a un **modus vivendi** que apenas les deja expresarse en la lengua materna y en su folklore; también el de los campesinos indígenas de las Américas, aparentemente impulsados a la occidentalización. Sucede, sin embargo, que de pronto estos pueblos comenzaron a reafirmar su identidad étnica, orgullosos de ella, y a reivindicar el control autónomo de su destino.

En la misma Europa, los flamencos nunca fueron tan fanáticamente flamencos como en la última década. Su universidad de Lovaina, después de largas décadas de francofonía que parecía natural e inmovible, comenzó a exigir que en ella se impartiesen clases en flamenco. Todos saben que los alumnos van a estudiar y a escribir sus pruebas en francés, pero exigen que las clases magistrales sean dictadas en lengua flamenca. ¿Qué significa esto? Tal exigencia abrupta sólo se explica como una reacción tardía y amarga a humillaciones y violencias largamente soportadas, pero que ya no tienen fuerza para imponerse. Otro ejemplo: los vascos jamás se mostraron tan vigorosamente vascos como en los últimos años. Antes, ser vasco constituía una forma precaria de ser gente, una forma infeliz; hoy, es en el tono más altivo que un hombre se afirma vasco. Los bretones, a su vez, jamás estuvieron tan conscientes de su valor y de lo bueno que es ser bretón.

Estas y muchas otras novedades semejantes que nos llegan por los periódicos, hablan de un movimiento de rebeldía de los pueblos oprimidos como minorías étnicas, dentro de los cuadros nacionales construidos por la sociedad burguesa. Esta rebeldía puesta en marcha, en expansión, posibilitará en el futuro a los pueblos que escaparon al exterminio y a la uniformización y que por largo tiempo parecían condenados a la extinción, sobrevivir fortalecidos con sus caras étnicas singulares. Alzándose contra sus opresores, ellos nos están mostrando lo que tiende a suceder, de

ahora en adelante, a centenares de otros pueblos oprimidos de toda la tierra, en la medida en que vayan despertando y activando sus propias luchas de liberación.

Una situación muy peculiar, y altamente singular, es la de las masas rurales de los países que fueron colonizados a través del esclavismo moderno. Al contrario de las comunidades campesinas arcaicas, que viviendo para sí mismas lograron atravesar las civilizaciones conservando su identidad, esas masas rurales se descaracterizaron totalmente. Hablo de gente como los labradores brasileños y los del caribe, descendientes de indios y de africanos, destribalizados, que nunca llegaron a ser campesinos. Fueron y son, solamente, una fuerza de trabajo rural despojada de sus características étnicas singulares, para constituir una simple mano de obra destinada a producir lo que sus patrones quisieran, hablando la lengua del amo y comiendo lo que éste les destinaba. Su función era producir mercaderías, primero azúcar, después oro y luego café; es decir, producir lo que no comían, con el fin de generar lucro para sus señores. Jamás pudieron existir para sí mismos, organizados como una comunidad humana cuyo fin sea reproducirse y desarrollarse. Ellos fueron y son solamente un carbón humano, una fuerza energética pre-industrial que se quemaba y se quema en las haciendas, los ingenios y las minas, al servicio del mercado mundial.

La constitución de estos Pueblos Nuevos exigió una feroz violencia desarraigadora que jamás ocurrió en Europa. Inglaterra, por ejemplo, conquistó a todo el mundo, pero no fue capaz o no necesitó hacer lo mismo con los galeses, que resistieron y continuarán resistiendo el desmembramiento y la destrucción étnica. La misma España, que uniformizó a todos los hispano-americanos, otorgándoles un idioma sin dialectos y un vasto denominador común de valores culturales, no logró españolizar a los catalanes ni a los gallegos y mucho menos a los vascos.

En tanto que los campesinados arcaicos vivían su propia existencia siguiendo una tradición milenaria, reproduciéndose iguales o poco alterados a través de generaciones, las masas rurales deculturadas de Brasil, de Cuba, de Colombia, constituidas como proletariados coloniales de Europa, se transfiguraron rápidamente de negros tribales africanos, o de indígenas selvícolas en hombres **tabula rasa**. Esto es, en hombres deculturados de su propia etnicidad, y homogeneizados como primeras formas rudimentarias de lo que en el futuro serían los Pueblos Nuevos.³ Su ser era, y es todavía, el de gente deshecha, despojada de sí misma.

³ Presentamos los conceptos de Pueblos Nuevos, Pueblos Testimonio y Pueblos Emergentes en **Las Américas y la Civilización**, México, Extemporáneos, 1977.

hoy más pobre y atrasada culturalmente que cualquiera de sus ancestros europeos, africanos o indígenas. Gente que al no tener pasado restaurable al cual regresar, sólo puede estar preparada para aquel futuro en el que se realizarán, no como el resultado de su historia anterior, sino como el de una utopía voluntarista constituida por ellos mismos. Preservarán inevitablemente el aspecto étnico con el que el colonizador los modeló; pero serán neoeuropeos, tan rehechos por el mestizaje y por la aculturación que no se reconocerán, ni serán reconocidos como tales.

Es destacable, sin embargo, que entre su ser degradado de ahora y la realización de sus potencialidades, subsiste la necesidad histórica de una revolución social que interrumpa la centenaria continuidad de la dominación colonial y neocolonial. Solamente ella posibilitará a estas masas deshumanizadas un acceso a los frutos de la civilización, en su calidad de pueblos que existiendo finalmente para sí mismos, pueden utilizarlos para trascender la calidad de proletariados externos y ser pueblos autónomos, estructurados en comunidades humanas cuyos objetivos sean vivir y mejorar la vida, y no simplemente producir mercadería y generar lucros.

Rebeliones étnicas

En la amplitud del mundo extraeuropeo sobrevivieron, conservando sus caras étnicas y su auto-imagen, grandes masas de pueblos remanentes de antiguas civilizaciones con las cuales Europa se enfrentó durante su expansión. Todos ellos terriblemente sacrificados, explotados, degradados y corrompidos por la violencia, por la codicia, por la intolerancia y por las pestes del hombre blanco. Pero eran tantos que muchos sobrevivieron formando hoy grandes bloques demográficos que, a pesar de todo, conservan sus propios rostros étnicos de chinos, de árabes, de hindúes, de indonesios, de japoneses, de vietnamitas, de coreanos.

Otros sobrevivieron en grupos menores pero preservando también algo de sí mismos, como los quechuas, los aymaras, los mayas. Unos y otros configuran, actualmente, los Pueblos-Testimonio, es decir, gente que testimonia con lo que conservó de sí mismos, lo que fue en tanto altas civilizaciones del pasado, y prefigura lo que será en el futuro. Su destino es rehacerse a partir de lo que son, siguiendo su propio proyecto de sí mismos en el curso de las próximas décadas. Un día, que no está lejos, ellos serán las formas alternativas a la europea, para la realización de las potencialidades de la civilización futura.

En las Américas muy pocos pueblos conservaron algo de sus características étnicas originales. Los pocos que las tienen han sido

inducidos a ver en ellas estigmas de su decadencia, más que signos de sus grandezas pasadas. Ellos mismos tuvieron que aprender a ver su aspecto racial con ojos europeos, considerándolo como la imagen de la fealdad. Su patrimonio cultural es más una caparazón protectora contra la europeización, que una supervivencia de sus altos días de gente portadora de una civilización original y autónoma. Su condición social es la de indígenas campesinos, inmersos en el cuerpo de algunas sociedades nacionales latinoamericanas bajo la situación de estamentos oprimidos y sobreexplotados. En algunas naciones como Guatemala y Bolivia, forman la mayoría de la población; en otras, como Perú, Ecuador y México, suman millones que constituyen la población mayoritaria de extensas regiones. Unos y otros, dominados y explotados hasta límites extremos, pero todos ellos comenzando a erguir sus cabezas, amenazando levantarse en la medida en que toman conciencia de sí mismos como pueblos y del carácter violento e innecesario de la opresión centenaria de la que son víctimas.

Ellos viven hoy el tránsito entre su presente condición de Pueblos-Testimonio y su futura condición de Pueblos-Emergentes. Sin embargo, ésta es apenas una virtualidad que deberá realizarse dificultosamente, enfrentando como obstáculos su propio sometimiento y la consiguiente alienación impuesta por sus opresores a lo largo de los siglos. Como el drama de su supervivencia fue más prolongado y más brutal que el de los flamencos o de los vascos, por ejemplo, es de suponer que serán mayores las fuerzas irruptivas desencadenadas por su insurgencia cuando ésta haga finalmente eclosión.

La condición de Pueblos-Emergentes sólo se aplica, probablemente, a los indígenas de una docena de etnias que poseen poblaciones superiores a las cien mil personas. En cambio, la inmensa mayoría de los grupos indígenas está formada por grupos tribales que cuentan con algunas docenas a pocos millares de personas, y que por lo tanto representan contingentes poblacionales de magnitud limitada. Aquellos pocos grupos indígenas que poseen grandes magnitudes poblacionales, aunque apenas representan el 1 por ciento del total de las tribus de las Américas, engloban al más del 90 por ciento de la población indígena. Su magnitud, hoy en día, no será muy superior a los veinte millones.⁴ Un número muy pequeño si es comparado con los 500 millones de neo-americanos, pero de todas maneras muy significativo. Ellos son, entre nosotros, los equivalentes a los enclaves étnicos que se yerguen por el mundo en busca de salidas que les permitan rehacerse con libertad y dignidad en la futura civilización.

⁴ Los cálculos actuales más conservadores determinan una población indígena superior a los 30 millones sólo en América Latina (N. del T.)

¿Pero, qué sucederá con las microetnias que también se yergen, luchando por la autogestión de su destino? Hay todavía quienes esperan y confían que ellas irán a disolverse por asimilación al conjunto de la población nacional, como gente indistinguible de la demás. Los que alimentan, todavía, estos proyectos occidentalistas, no deben olvidar que los indígenas sobrevivientes de las Américas es gente que de algún modo resistió la brutalidad compulsiva de la civilización europea a lo largo de siglos. Contra ellos fueron utilizadas todas las armas de exterminio, de desarraigo y de degradación, en las guerras de exterminio más crueles y en los actos de genocidio más espantosos que registra la historia humana. La esclavitud, posteriormente, consumió millones de indígenas en las minas y en las plantaciones. La erradicación de los líderes eruditos, de los artistas y de los técnicos que dieran voz y figura a su civilización, los dejó en estado de orfandad cultural por largos periodos. La catéquesis, actuando brutal o sutilmente, de acuerdo a lo que fuese más eficaz, buscó perseverantemente romper los cristales de sus espíritus y los oscureció. Las pestes europeas corrompieron sus cuerpos, muchas veces a través de deliberadas campañas de contaminación, provocando despoblamiento espantosos. Finalmente, el indigenismo, hablando de amparo e igualdad, representó otro flagelo que, a través de diversas formas de presión nominalmente persuasorias pero también violentas, procuró forzar a los indígenas a abandonar la obstinación de ser indígenas.

Pudiendo usar y usando sin limitaciones estas armas de europeización, el conquistador no consiguió avasallar completamente y anular totalmente la identificación étnica de los quechuas, de los aymaras, de los mayas, de los mapuches, de los zapotecas, de los otomíes. No tuvieron éxito, y tampoco lo tuvieron con las microetnias tribales, las que a pesar de estar avasalladas e incluso las que están totalmente aculturadas, continúan identificándose como indígenas. ¿Cómo esperar que sin apelar a la violencia se consiga una asimilación que con la mayor violencia no fue obtenida? La historia proscribió, probablemente para siempre, las formas más crueles de genocidio y de etnocidio para el exterminio y la represión de las comunidades indígenas. Sería preciso buscar otras. ¿Cuáles? Algunos poseen esperanzas de ver a sus sociedades finalmente homogeneizadas con procedimientos sutiles de carácter proteccionista, como el neoindigenismo bilingüe y todavía más insidioso. Otros, confían en ciertos procesos sociales que, una vez generalizado en sus países, promoverían la homogeneización europeizante. Sus esperanzas se asientan principalmente en la fuerza uniformizadora que se vislumbra en los procesos de urbanización y de industrialización, y en la consecuente modernización que quizá logren una desindianización eficaz.

Sin embargo, es dudoso que tengan éxito. Y ahí están los galeses, los flamencos, los vascos para probarlo, todos urbanizados y modernizados, pero dueños de una auto-identificación étnica, que los hace sentirse más satisfechos de sí mismos cuanto más distintos son de los demás. Es de suponer que lo mismo sucederá con los grupos étnicos de las Américas, sobre todo con los indígenas que cuentan con altas magnitudes poblacionales.

Una vez liberados de la opresión representada por la expectativa de asimilación a los Estados nacionales y por todas las formas de represión puestas a su servicio —educativa, paternalista, etcétera— ellos emergerán para las tareas de reconstrucción de sí mismos como pueblos que, finalmente, tendrán una existencia propia.

Las futuras guerras étnicas

Al determinar estos movimientos de rebeldía étnica, hablo de cosas obvias o al menos de hechos que a todos parecerán evidentes. Así es ahora sin duda. Hasta hace poco tiempo, sin embargo, nadie lo sabía y ninguno de nosotros lo podía sospechar. Esta obvedad, abruptamente rebelada, indica por un lado que estamos frente a una ampliación de la conciencia posible que de un momento a otro abre nuestro horizonte perceptivo, dejando ver claramente perspectivas antes esfumadas o invisibles. En efecto, todos suponíamos que el proceso de integración de las poblaciones indígenas a la economía y sociedad envolvente, acompañado de su aculturación intensiva, aunque no condujera a una asimilación completa que los hiciese indistinguibles de los demás miembros de la sociedad nacional, tampoco conduciría a esfuerzos exitosos de auto-identificación, y especialmente, de reconstrucción étnica.

Inclusive, muchos investigadores afirmaban que siendo los indígenas, en esencia, un campesinado oprimido por los latifundistas, una vez liberados por una revolución agraria, desaparecerían como campesinos sobreexplotados e, **ipso facto**, también como indígenas arcaicos.

Hoy es evidente para todos que esas masas indígenas, el campesinado de las naciones en que viven —o su mayor parte—, no son solamente esto. Más allá de la condición campesina, ellos están investidos de una condición étnica anterior a la estratificación, y que no es reductible por reformas sociales, por más profundas que éstas sean. Es altamente probable que cualquier reforma, en la medida que sea efectivamente liberadora, vaya a reforzar más que a debilitar la identificación étnica, dándole condiciones de expresarse mejor y de luchar más eficazmente por sus objetivos.

La antigua confusión entre indígenas y campesinado, o entre etnia y clase, era derivada de un enfoque supuestamente marxista

en tanto que estaba fundado en la noción de que la lucha de clases constituiría el único motor de la historia. Esta aproximación desconocía, sin embargo, el hecho de que las etnias y los conflictos interétnicos son muy anteriores a las clases; toda vez que la sociedad estratificada tiene a lo sumo seis mil años de existencia, en tanto que las etnias provienen de tiempos inmemoriales. Ocurre también que además de las anteriores, no es imposible que las etnias sobrevivan a las clases, porque de éstas se vaticina y se anhela, desaparecerán prontamente, pero estamos viendo que muchas caras étnicas singulares prometen sobrevivir en la civilización futura. Todo esto significa que los conflictos interétnicos y las luchas de emancipación nacional merecen más atención de la que tuvieron hasta ahora, por parte de los teóricos del fenómeno humano.

Necesitamos urgentemente de una comprensión más amplia de los procesos de transfiguración étnica, para entender lo que está ocurriendo en el mundo y en las Américas. Los conflictos que comienzan a aflorar en naciones tales como Guatemala, Bolivia, Perú o México —los Pueblos Testimonio de América—, sólo son inteligibles si se considera que todas ellas a pesar de ser sociedades multiétnicas se estructuraron como Estados Uninacionales, lo que conlleva el ejercicio de una violenta opresión étnica por parte del grupo mestizo o españolizado, sobre las masas indígenas que representan la inmensa mayoría de la población. Una situación de esta naturaleza conduce a conflictos que por ahora se enmascaran bajo diversas formas de resistencia, pero que pueden y hasta tienden a explotar mañana como guerras étnicas. Estas serían verdaderas guerras raciales, más insoportables que cualquier otra, por la terrible violencia que pueden desencadenar.

La historia de cada país americano registra, en el pasado, guerras étnicas llevadas a cabo como terribles operaciones genocidas, a las cuales siguieron largos periodos de opresión etnocida. Fue a través de estos procedimientos que se exterminó o se redujo substancialmente a las poblaciones indígenas originales, para dar lugar a las nuevas etnias nacionales americanas. Lo que entreveamos ahora, sin embargo, no es sólo una amenaza de retorno a esas prácticas genocidas, es, sobre todo, el hecho de que la expansión de los movimientos de liberación étnica que ya están irrumpiendo por todo el continente, vaya a convulsionar vastas áreas de los países donde más se concentran las poblaciones indígenas, especialmente los indígenas campesinos, creando una situación de guerra fratricida sin salida previsible. Una situación semejante fue vivida por los mapuche, quienes lucharon durante siglos contra la opresión de los españoles y de los chilenos, sin posibilidades de ganar o perder la guerra, o de hacer la paz.

Hace unos pocos años estos riesgos eran apenas visibles. Hoy en día son evidentes. ¿Será esto suficiente para que las naciones americanas configuradas históricamente como Pueblos Testimonio reconozcan finalmente su naturaleza de sociedades multiétnicas y el carácter opresivo de su forma unitaria de organización nacional? Con este reconocimiento se tornaría evidente, por sí misma, la violencia que reside en su estructuración actual de modelo hispánico. Si dicho modelo ya hizo tantos daños a España, provocando y manteniendo tensiones interétnicas a veces terribles, en las Américas podrá asumir un carácter todavía más violento.

Es muy probable que la amenaza del estallido de guerras étnicas pueda ser evitado a través de la adopción de un nuevo modelo institucional para la organización de los Estados nacionales de los Pueblos Testimonio. Su estructuración presente se inspira en el modelo hispánico que, siendo unitario, supone un esfuerzo permanente en el sentido de subyugar y asimilar en algún tiempo a todos sus componentes. La adopción de un modelo abierto como el suizo o el soviético, que posibilite la coexistencia de los distintos pueblos dentro de una sociedad multiétnica en un cuadro multinacional, podría ofrecer alguna perspectiva de paz.

Por el contrario, el mantenimiento del modelo institucional presente que conduce a preservar las nacionalidades actuales, puede producir exactamente el efecto opuesto, es decir, la ruptura de todo el cuadro nacional en las áreas donde más se concentran los campesinos indígenas. Y es así porque, para evitarlo, se debería no solamente perpetuar la opresión presente, sino también acrecentarla con nuevas formas de violencia tendientes a profundizarla, en la medida en que las tensiones interétnicas comiencen a irrumpir con mayor vigor. De esto resultaría precisamente la quiebra de los cuadros nacionales que tanto y tan mal se querían perpetuar.

La conclusión de todo esto es que, también en algunos países de las Américas, está alcanzando los límites de su supervivencia el Estado nacional organizado por las clases dominantes después de la Independencia, como el proyecto para su propia prosperidad. Efectivamente, tal como sucedió en la época colonial, también en la época autónoma la prosperidad criolla se fundó en la sobreexplotación del indígena, lo que sólo se pudo lograr mediante la más brutal opresión étnica. La historia pasada de estos pueblos es la del desarrollo de estos antagonismos, en los que a una explotación clasista exacerbada se le suma una dominación étnica opresiva que tanto la disfraza como la agrava.

Ciento cincuenta años después, tanto la acumulación de tensiones sociales internas (del tipo de las que en vano se buscó resolver a través de la reforma agraria), como los efectos de la modernización (que, en forma refleja, afectó también a los indígenas),

hicieron surgir nuevas demandas indígenas cada vez más reivindicativas, cuyo papel histórico es el de luchar por una reconstrucción del cuadro nacional. Reconstrucción que permita a la sociedad real, multiétnica, la única integración posible de sus diversos componentes, que es la de asumir institucionalmente un carácter abiertamente multinacional. Sólo por este camino se abrirá una vía para utilizar, en el proyecto común de construcción de una sociedad solidaria, las energías que hace siglos se desgastan en las tensiones interétnicas. Lo anterior significa que estos países además de las tensiones de la revolución clasista, se enfrentan con las presiones de la lucha de emancipación étnica, las que, sumadas, bien pueden convulsionar toda su vida social, dificultando extraordinariamente la solución de sus problemas.

Para finalizar, caben aquí dos reflexiones. Primero, la de la improbabilidad que en los Pueblos-Testimonio de las Américas, las clases dominantes, sin excepción, acepten fácilmente el tipo de reconstrucción nacional requerido para la liberación de los indígenas étnicamente oprimidos, los que también son contingentes principales de sus clases socialmente explotadas. La solución de conflictos de esta naturaleza, si llega a darse, ocurrirá por las vías y sobre los fuegos de la revolución social que, en este caso, tendrá las características y la gravedad de las guerras étnicas de liberación nacional. Segundo, que es igualmente improbable que las tensiones interétnicas vayan a actuar como energía impulsora de la revolución social. Para lograrlo, sería necesario que los liderazgos revolucionarios tuvieran plena conciencia del marco en el que operan, una extraordinaria habilidad para sumar las reivindicaciones sociales a las de liberación étnica. Pero lo que tiende a ocurrir, mucho me temo porque siempre fue así en el pasado, es que las viejas clases dominantes latinoamericanas manipulan estas tensiones para perpetuar su hegemonía. Su predisposición evidente es dejar sangrar a sus pueblos para retener un poderío absoluto e infecundo cuyo mantenimiento sólo es posible por la represión.